



Un año después

JOSÉ LUIS TOJEIRO ANEIROS
Teniente general de Aviación

Amaneció lloviendo torrencialmente en San Javier. Era el 28 de septiembre del año 2001. Allí, el tiempo en ese mes suele ser lo más parecido al que puede soñarse como ideal: días de cielo apenas sin nubes, con luz límpida de suaves tonos dorados y azules y calor tibio, relajante...

Habíamos llegado en la tarde anterior. Veníamos con nuestras esposas y, muchos, con hijos e incluso nietos. De los 99 que nos incorporamos a la Academia General del Aire (AGA) en septiembre de 1951 como componentes de la "Séptima Promoción", 50 años después, quedábamos solo 71, de los que no todos pudieron asistir a la celebración del quincuagésimo aniversario de nuestro ingreso en la Academia. El primer encuentro, en el casino "Ruiz de Alda", durante la re-



cepción de bienvenida, fue realmente emotivo. Estábamos todos tan cambiados y teníamos tantas cosas que contarnos que no es de extrañar que nos acostásemos tarde.

A primera hora de la mañana fui a saludar al director de la Academia, en su despacho oficial y le hicimos entrega de un recuerdo de la promoción para el Museo de la AGA: una placa de plata con los rombos distintivos de cada una de las Armas y Cuerpos del Ejército del Aire de entonces. El coronel Ferrer nos pareció mucho más joven que nuestro coronel, Gerardo Fernández Pérez, 10 lustros atrás. Después, nos reunimos en la plaza de armas para asistir a la presentación que Ferrer nos iba a hacer de la Academia actual.

Por unos momentos había parado de llover... Era la misma Plaza de Armas de nuestros años de cadetes y de alféreces alumnos. Los mismos edificios de las Escuadrillas -uno más que entonces- de un blanco que al sol debería resultar casi hiriente pero que, ahora, rezumaba goterones de agua teñida de ocre a causa del polvo en suspensión... No había botijos en la entrada. En su día fueron casi una bendición. Hoy,

además de un recuerdo curioso, serían toda una notable y decorativa antigüedad. Las amplias naves corridas de nuestro tiempo, con las camas alineadas en fila y las taquillas metálicas de color verde enfrente, han sido sustituidas por cómodas camaretas que, de seguro, proporcionarán una cierta envidiable privacidad que nosotros no pudimos disfrutar... Ahora ya no será posible aquello de abrirse la puerta de la nave y escuchar la voz del oficial de semana: *“¡Apunte, galonista! Fulano, mengano y citano arrestados por permanecer en la cama después del toque de diana”*. Eso, quizás, solo medio segundo después del fin del toquecino... Además, en esta época, eso de arrestar parece que está muy caro para el que arresta... Hoy resultaría impensable lo ocurrido al “Pulga”: *“¡A la orden de Ud, mi capitán! Se presenta el alférez alumno Jesús Martín Cervera para notificarle que ha cumplido ya el arresto... ¿Qué arresto, alférez?... El que Ud. me impuso por desacato a superior... ¿Cómo dice? ¿Qué Ud. me ha desobedecido? ¡Apúntese otro tercer grado!... Y lo arrestó de nuevo”*.

La palmera ha crecido mucho en estos 50 años y parece que ya no hay mosquitos en la plaza... La palmera era -y continúa siéndolo- el único parasol disponible y, bajo ella, sólo ha-

bía refugio para los jefes de las formaciones durante los “descansos”... En cuanto a los mosquitos, sus implacables picaduras mientras permanecíamos indefensos, en posición de “firmes” durante la misa de los domingos eran todo un tormento. De nada servía torcer la boca soplando hacia ellos lo más fuertemente posible porque, envalentonados de seguro por la brillante interpretación que de la sinfonía del Nuevo Mundo estaba haciendo la banda de música, bajo la dirección del te-

niente Larios, hincaban aún más el aguijón... Claro está que el masaje y la colonia después del afeitado eran algo que ninguno de nosotros se atrevía a disfrutar en domingo.

La organización y el modo de funcionamiento de la Academia han cambiado mucho desde nuestra época. Con alumnos de tan distintas procedencias, -explicaba el coronel- los planes de estudios son tantos y tan diferentes que casi podría decirse que están confeccionados a la medida de los usuarios.



Ibamos a visitar las actuales instalaciones de la AGA. De seguro que, recordando las existentes en nuestros tiempos, éstas nos parecerían todo un lujo... ¿Existiría todavía el "taller de lima"? Era un pequeño barracón metálico al que acudíamos cada vez que, por circunstancias meteorológicas, se suspendían los vuelos. El esqueleto de una Bücker sería como elemento decorativo del taller y, a la vez, como curioso objeto de ayuda a la enseñanza. Estaba hecho de acero al cromomolibdeno y, por eso -nos repetía una y otra vez el capitán Gacías-, era tan robusta la estructura de la avioneta... La verdad es que no poníamos demasiado entusiasmo al limar las pequeñas piezas que nos tocaban por turno... Y el repi-

como siempre en las celebraciones de la promoción, fue el padre Díaz Sintés el oficiante. El padre Díaz Sintés -Fernandito- era un fuera de serie en acrobacia aérea que, -¿quién iba a pensarlo?- entraría un día en barrena, en nubes, pilotando un T-33... No iba sólo en el avión y al recuperar la anormal posición, muy cerca del suelo, su voz subía potente hacia El: ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, Dios mío!.. Su preocupación era sólo una: ¿Estabas confesado, José Luis? Años más tarde, siendo capitán, Fernandito, el buenazo de la promoción, decidió un día renunciar a efectuar el curso de Estado Mayor para el que había sido seleccionado e ingresar, en cambio, en el seminario. Hoy, con su

mados- todos los recordábamos con sus caras de entonces, como si el tiempo se hubiera detenido hace 50 años... Pepito Pérez leyó la Epístola, Ramón Raimundo dirigió las preces y Benito Puente recitó una preciosa composición de los aviadores a su Patrona, la Virgen de Loreto.

Al salir de Misa teníamos el presentimiento de que pronto pararía de llover, pero el cielo continuaba estando encapotado y los grandes charcos en el suelo hablaban claro de la intensidad de las recientes precipitaciones... Con nuestros familiares, que nos habían acompañado ya durante la misa, nos trasladamos al lugar donde iba a desarrollarse el acto principal... Si teníamos algún recelo porque la brillantez de la celebración se viera disminuida por el obligado cambio de marco -el nuevo salón de actos en vez de la plaza de armas- muy pronto lo desechamos. El salón, de planta cuadrada, era realmente espectacular: paredes de madera noble, suelo reluciente de mármol, vistosísima gran araña de reflejos irisados en el techo y capacidad sobrada para alojar cómoda y adecuadamente en su interior a todo el personal participante... En uno de los laterales formaba el escuadrón de alumnos al completo, con escuadra de gastadores y banda de música; dando frente a ellos, en el lateral opuesto, formamos los componentes de la Séptima Promoción; al fondo lo hicieron los jefes, oficiales y suboficiales de la AGA y, cerrando el cuadro, se acomodaron familiares e invitados.

Y llegó el momento cumbre de la celebración. Se inició con la entrada de la Bandera. Sonaba, solemne, el himno nacional mientras el Escuadrón de Alumnos presentaba armas y nosotros, con emoción apenas contenida, llevábamos la mano derecha al botón del barboquejo de la gorra, como lo habíamos hecho entonces, hace 50 años. El coronel Ferrer pasó revista a la formación y, una vez finalizada, saludó a los componentes de la Promoción... Y comenzamos a desfilar de uno en uno... la banda tocaba la marcha "Ganando Barlovento". Inicialmente estaba previsto que la que sonaría sería "El abanico", pero solicitamos el cambio porque preferíamos un ritmo más vivo para el desfile. Imposible describir los



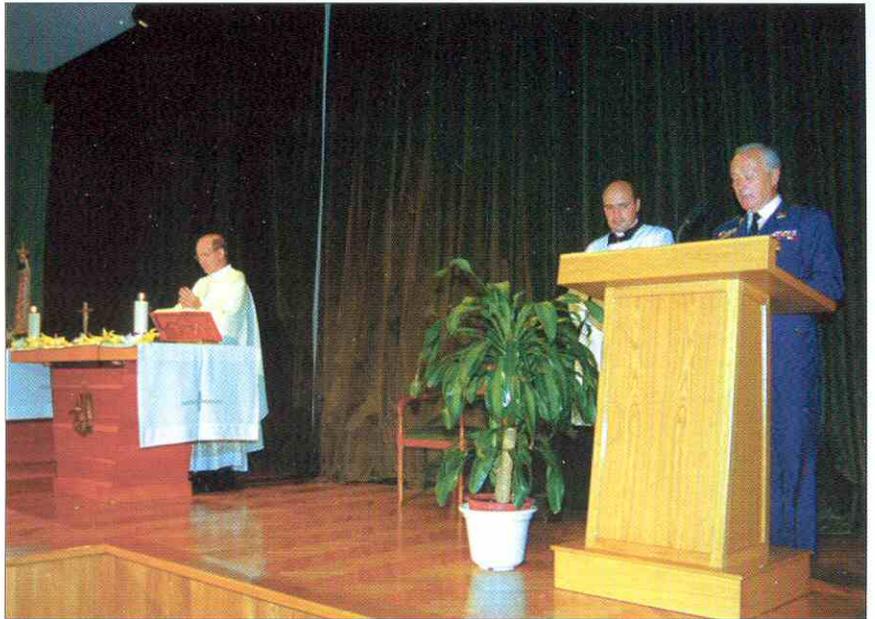
queto de los goterones de lluvia en los cristales del autobús volvía a traernos el run-run de las palabras del bonachón capitán: *"Señores cadetes, por si tienen alguna duda acerca de la importancia de la asignatura de lima, les recuerdo que los que resulten suspendidos en ella repetirán curso"*...

No llegamos a ver el taller de lima. Tampoco, a visitar la mayoría de las instalaciones previstas. La lluvia, que caía entonces inclemente, obligó a pasar al plan alternativo: la misa se celebraría en el antiguo salón de actos y las ceremonias militares en el nuevo: un grandioso salón, de espectaculares dimensiones, en el interior de un espléndido edificio inaugurado hace pocos años.

La Misa resultó entrañable porque,

cara de niño grandote y el pelo todavía rubio, es un prestigioso sacerdote del Opus Dei que sigue poniéndose algo nervioso cuando celebra misa para nosotros... y, sabiéndolo, todos estábamos pendientes de con qué nos sorprendería esta vez... Fue con la plática pero, pese a su extensión, no miramos los relojes, eso que en el programa estaba previsto que la duración de la Misa no sobrepasase los 50 minutos... Ricardo Teigell, con gesto grave y voz quebrada por la emoción rezó una oración especial por los 28 compañeros fallecidos y, mientras desgranaba sus nombres, uno a uno, -desde Usandizaga, el primero en irse, caído en accidente aéreo en la propia Academia a sólo cinco meses de su ingreso en ella, hasta Santendreu, el último de los lla-

sentimientos de cada uno mientras marchábamos erguidos, marciales, serios, conscientes de la emotividad e irrepitibilidad de lo que estábamos viendo. Iba a ser -casi de seguro- la última vez que besaríamos nuestra bandera... Y todo fue como en aquel día de diciembre de 1951 en el que juramos defenderla. El juramento no tenía fecha de caducidad. Nos obligaba para siempre. Por eso no sonaron esta vez aquellas inolvidables palabras: “*Caballeros Cadetes de la Séptima Promoción: juráis por Dios y prometéis a España, besando con unción su Bandera...*” Marchábamos con la gorra puesta, braceando como recordábamos que debía de ser: hasta la altura del cinturón del compañero que nos precedía. Hoy no pesaba el mosquetón, que antaño llevábamos colgando del bra-



hicimos “derecha” de nuevo y ya, con los labios apretados, la emoción a flor de piel y el corazón latiendo como solo lo hace en momentos sublimes, nos dirigimos en derecha a la Bandera. Y, al llegar a su altura, dando vista a ella y cogiendo sus pliegues con la mano derecha, depositamos nuestro beso de despedida. Un beso en el que se confundían sueño y realidad, compromiso y entrega al servicio, recuerdos y esperanzas. Ayer y hoy juntos en un momento irrepitible.

Volvíamos a nuestros puestos de formación con visible alegría en nuestras caras, disipada ya, en gran parte, la tensión de los minutos anteriores... Después vinieron los discursos: el del

zo... Al llegar al fondo del salón, frente a la cabeza de la formación de profesores de la AGA, hacíamos “derecha” al tiempo que nos despojábamos de la gorra y, sujetándola con el brazo izquierdo doblado en ángulo recto, seguíamos marchando. Siempre, en este punto, había alguien que se olvidaba de quitarse la gorra. Los compañeros le hacían gestos y entre los invitados al acto se suscitaban murmullos, en el intento de apercibirle de lo que estaba sucediendo. Pero todo resultaba en vano: el cadete de ayer, como el coronel de hoy, pasarían “cubiertos” a depositar su beso en los pliegues de la enseña de la Patria. A la altura de la Escuadra de Gastadores



teniente general Tojeiro primero y el del coronel director de la AGA después. Discursos llenos de suave agri-dulce añoranza y de fe esperanzada en un futuro que adivinamos casi como presente. Tras la solemne retirada de la bandera a los acordes del Himno Nacional, el escuadrón de alumnos entonó el Himno del Ejército del Aire, co-reado por los más de los presentes. Y con ello finalizó el acto.

Empezaba a despejar, pero no había ya tiempo para la reprogramación de los desfiles aéreo y terrestre, suspendidos desde primeras horas de la mañana. Evitando pasar por los grandes charcos que sembraban el pavimento de agua amarillenta por el barro, nos trasladamos a pie hacia el lugar donde iba a realizarse la ofrenda a los caídos. Ibamos en grupos, con nuestros familiares. Los comentarios eran los mismos en todos los grupos: habíamos desfilado muy bien y fue una pena que la lluvia hubiese obligado a variar el programa previsto, pero, a pesar de ella, era unánime el sentimiento de que tanto la celebración en sí como el marco en el que se desarrolló resultaron sencillamente brillantes. Y, mientras caminábamos, en el aire fresco parecía flotar el recuerdo de nuestros entrenamientos para los desfiles en Madrid, marchando con el mauser sobre el hombro desde la plaza de armas hasta el final de la pista de vuelo y vuelta... y la voz del comandante del Escuadrón: “¡¡pisen fuerte!, ¡también en los charcos!”.

Tras la oración pronunciada por el capellán de la Academia, Bautista y Benito Puente portaron la corona de laurel hasta el pie del monumento a los Caídos. Lo hicieron a paso lento, al ritmo emocionado del Himno al Compañero Perdido que entonaban los componentes de la formación de alumnos y acompañábamos los más de los asistentes. Después, el toque de oración, tan solemne y emotivo, tan consustancial con el estilo militar de recor-

dar a los compañeros que se fueron al azul. Con una descarga de fusilería finalizó el acto. Y el Escuadrón de Alumnos, con el arma al brazo y a paso ligero se retiró hacia los edificios de las correspondientes escuadrillas.

Había bastantes claros en el cielo y se adivinaba que pronto despejaría del todo. Así que se celebraría la exhibición aérea de la Patrulla Aguila. Nos encaminamos hacia la zona de aparcamiento de aviones, al pie de la torre de control. Los siete CASA-101 rodaban muy despacio hacia la cabecera de la pista, para el despegue. “Rodaje”. Había un profesor con acreditada fama de gafe. Era todo un buenazo, pero gafe. Paco Arteaga era muy supersticioso. A menudo hacía los “cuernos” con la mano derecha para alejar a la “bicha”. Aquél día le tocaba volar el primero. Volaría solo. Una vez puesto en marcha el motor de la Búcker, hizo la señal para que le quitasen los calzos, metió motor para salir de la línea de apar-

camiento, inició el viraje en dirección a la “T”, situada en el lado opuesto del campo de vuelo de la Academia. Y de pronto alguien gritó ¡frene!, ¡frene!. Y cuando Paco lo hizo, él se subió al ala inferior izquierda y, sujetándose al borde de la cabina delantera, le ordenó “¡lléveme hasta la T!”. Paco no podía creerlo y mirándonos con cara que era todo un presagio, continuó el rodaje. Sus denuestos duraron días: había hecho un caballito y, al final, había rozado el suelo con el borde del ala inferior izquierda. Naturalmente, el polizón que le había acompañado hasta la T era el profesor gafe.

De la exhibición de la Patrulla Aguila solo cabe decir que fue sencillamente magistral: planeada en cada detalle, medidos al milímetro los espacios y a la décima de segundo los tiempos, coordinación y ejecución perfectas, cambios de formación entre figuras y muchas veces dentro de una misma figura. Las exclamaciones de asombro y los aplausos de las señoras y los niños se sucedieron a lo largo de toda la exhibición. Cuando, tras vistosas roturas en abanico, espeluznantes cruces y demostraciones precisas de las cualidades de vuelo de los CASA-101, aterrizaron juntos los siete aviones, el aplauso fue unánime y largo, muy largo. Lo merecían realmente los Águilas.

De regreso hacia la Plaza de Armas nos apercebimos de los considerables cambios sufridos por nuestro viejo campo de vuelo. ¿Habrá tantas tarántulas como entonces? Las localizábamos por el agujero en el suelo, del diámetro de un lápiz. Metíamos en él el tallo largo de alguna mata o hacíamos pis sobre el agujero y, las más de las veces, cobrábamos una tarántula que no era raro que apareciese más tarde en el suelo de alguna ducha. Allí, al pie de la esquina de aquél conjunto de aulas fue donde cayó Ramón. Ramón es Ramón Raimundo. Estábamos en cuarto curso y





teníamos que hacer acrobacia, solos, en avionetas Jungmeister de motor en línea. Esperando nuestro turno, seguíamos las evoluciones de Ramón. Llegó el momento de ejecutar el looping invertido y lo inicié... y en la posición de invertido, con la cabeza hacia abajo y un montón de ges negativos en el cuerpo, el motor se desprendió y quedó colgando de la parte inferior de la bancada, perpendicularmente al fuselaje de la avioneta. Y así cayeron -la avioneta y el piloto con ella- desde 1.500 metros de altura hasta el suelo. Nunca los segundos fueron tan largos como aquéllos. No existía ninguna posibilidad de que Ramón pudiera recuperar el control de la Jungmeister y, si se soltase del asiento y abriese el paracaídas lo más probable sería que la avioneta, en su caída lo destrozase. Así que, tras un descenso vertiginoso que se nos antojó eterno, se produjo el impacto contra el suelo, a solo pocos metros de las aulas. Desde el otro extremo del campo podíamos ver la avioneta, en posición de invertido, con las ruedas vueltas hacia el cielo. La ambulancia y el coche contra-incendios llegaron en un santiamén al lugar del accidente. Y lo increíble sucedió: Ramón, consciente de la llegada del equipo de socorro y, para salir cuanto

antes de un peligro inminente de incendio, se soltó los tirantes para desprenderse del asiento y, como estaba en invertido, se dio un fuerte golpe en la cabeza, protegida solo por el liviano gorro de vuelo, de tela. Un formidable chichón y eso fue todo. Lo llevaron a la enfermería para un examen detallado de su estado y el resultado fue que al día siguiente estaba dado de alta. Verdaderamente, Ramón es un tío con suerte.

Al final del recuerdo estábamos llegando ya a la Plaza de Armas. Entramos en el museo. Allí estaban, también, los uniformes de nuestro tiempo. Los de paseo: blancos los de verano, grises los utilizados el resto del año. Los de faena: entonces nos parecían aún más feos. El capote. Y, ¿cómo no? el tabardo. En la orla de la promoción más de uno resultaba casi irreconocible con su cara de casi niño. Y en la lápida en la que estaban inscritos los nombres de los fallecidos en la Academia en acto de servicio nos fijamos especialmente en el de Usandizaga.

Comimos en el mismo majestuoso comedor de nuestros tiempos, con los alumnos de hoy. Una comida entrañable. De seguro que nuestros jóvenes compañeros de mesa lo habrán pasado bien porque, aunque hayan tenido que

tragarse más de una batallita, se habrán regocijado al escuchar algunos de los mil y un increíbles sucedidos de los que fuimos protagonistas cuando éramos como ellos... Mientras tanto, en el Casino Ruíz de Alda nuestras esposas y familiares y las viudas de algunos de nuestros compañeros degustaban una paella "alicantino-murciana" que, según contaron después, estaba exquisita.

La cena de gala en el Casino fue el último acto de un día realmente memorable. Las luces, la armoniosa disposición de las mesas, los centros de flores, el bullicio alegre de 200 personas amigas, la elegancia y simpatía de las damas, nuestra propia optimista disposición de ánimo... todo contribuía a crear un ambiente especial, casi mágico, donde el ayer y el hoy se confundían en un solo tiempo... y en el que las conversaciones y los recuerdos se enredaban en las volutas tenues del humo de la añoranza.

Y fue así como, a los 50 años de habernos conocido, caímos en la cuenta de que los lazos de amistad y compañerismo anudados entonces permanecen hoy apretados, incluso más apretados que nunca... y fue también así como hemos vuelto a sentirnos, juntos, orgullosos de pertenecer a la Séptima Promoción ■